

Mar Villasante Valiño

Es Redactora del Diario LA RAZÓN. Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid (1995), lleva más de diez años dedicada al periodismo desde que empezó en la Escuela de Prácticas del diario ABC en la promoción 1993-1994, que simultaneó con sus estudios universitarios.

Después de trabajar durante casi tres años en la Delegación de Galicia de ABC, regresó a Madrid en septiembre de 1998 para formar parte del equipo fundador del diario La Razón, que comenzó su andadura en noviembre del mismo año.

Cronista parlamentaria y política hasta el año 2000, se hizo cargo del seguimiento de la actividad informativa del Partido Socialista durante su etapa en la oposición.

En septiembre de ese año fue nombrada jefa de la sección de Autonomías, cargo que ocupó hasta 2002, cuando pasó a formar parte del equipo de Sociedad para asumir la responsabilidad de la información de Educación. Desde entonces, se ha dedicado casi en exclusiva a este ámbito en todos sus niveles.



VIOLENCIA ESCOLAR

Mar Villasante Valiño

Los medios de comunicación hemos desarrollado una mayor sensibilidad con la violencia y en este contexto se puede decir que la violencia escolar empieza a tener una presencia creciente, aunque todavía incipiente si por ejemplo lo comparamos con la violencia doméstica.

Sin embargo, las estadísticas indican que el número de casos de agresiones escolares es mayor que el de mujeres agredidas. Los datos son elocuentes. El informe del Centro Reina Sofía concluía que casi un 16% de los alumnos encuestados declaraban sentirse víctimas de agresiones en el colegio, mientras que hay un 2% de mujeres maltratadas por sus parejas.

Además de tener todavía una presencia reducida en los medios, la mayoría de las veces tendemos a hacernos eco de los casos más sangrantes, con todas las letras: el niño que se suicida, el que recibe una paliza, el suceso, en definitiva, cuanto más morboso, mejor. Con el problema de que al mezclar violencia escolar y sucesos los límites se difuminan y muchas veces tampoco sabemos cuándo nos encontramos

ante un suceso sin más o cuando estamos ante un verdadero caso de violencia escolar. Por ello, tenemos que tratar la información con mucha delicadeza, más aún cuando se trata de menores.

En cualquier caso, limitarnos a informar del suceso escolar me parece simplista. Es necesario conseguir ahondar más en la realidad diaria, en esa telaraña del "todos contra todos": alumnos contra alumnos, alumnos contra profesores, padres contra profesores... y contribuir a desentrañar las causas que han llevado a esta situación, que es el punto en el que ahora se encuentra la comunidad educativa.

Desgraciadamente, lo que se percibe en los medios sobre la violencia en las aulas es todavía la punta del iceberg y ese, creo yo, es uno de los principales retos que debemos afrontar para concienciar e implicar a todo el mundo con lo que está pasando. Sé que nosotros tenemos ahí un papel esencial, porque para la sociedad en general, y para los poderes públicos en particular, un problema no existe hasta que los medios no lo cuentan, aunque pueda parecer exagerado.

Así ha ocurrido con la violencia doméstica: las mujeres han tenido que esperar mucho tiempo hasta que las administraciones han asumido que había un grave problema ante el que había que buscar soluciones. La información, en este caso, ha ayudado a crear esa conciencia necesaria para que se tomaran las medidas oportunas.

También ahora, cuando se han ido contando los múltiples episodios de violencia escolar, se han empezado a tomar las primeras medidas como el Plan de Convivencia que ha puesto en marcha el MEC o, en el plano penal, las reformas introducidas en la Ley del Menor, con medidas positivas como la orden de alejamiento para los agresores o el internamiento para menores que pertenecen a bandas juveniles y delinquentes.

Pero el problema no reside sólo en las aulas, sino que es más de la sociedad en general. Sin ser socióloga, sí puedo decir que todos hemos visto o sufrido burlas en el colegio, pero no recuerdo situaciones como las que ahora se cuentan. Los chicos pasan la mayor parte del tiempo en la escuela, pero a la vez se ha auspiciado una escuela sin valores, en la que el miedo a confundir los valores del respeto, la tolerancia o la convivencia con principios religiosos ha hecho que al final, por h o por b, no se den ni los unos ni los otros.

Un hecho que creo que merece reflexión es que el recrudescimiento de la violencia escolar ha coincidido

con la progresiva implantación de la Logse, con la falta de reconocimiento social del profesorado y con la eclosión de la televisión y de las nuevas tecnologías. Los jóvenes tienen acceso a infinitos contenidos sin apenas posibilidad de control. Y nadie los ve con ellos para decirle, esto es así, esto no.

Las medidas de corrección deben ser transversales, tendrían que pasar por el control de los contenidos audiovisuales, la conciliación de la vida familiar y laboral o la racionalización de los horarios...

Por otro lado, creo que nosotros tenemos una doble responsabilidad en el ejercicio de nuestra profesión. Por un lado, la de informar. Por otro, la de formar. Debemos ser conscientes de la poderosa capacidad de influencia que tenemos no sólo ante las administraciones, sino sobre los jóvenes y las familias. Pero al margen de esta capacidad de influencia, tenemos la obligación de informar, con independencia de los efectos que puedan tener nuestras noticias, que llevan una serie de riesgos aparejados. Hablo de riesgos porque, de alguna forma, una de las cosas que siempre tenemos presentes es el peligro que entraña la difusión de determinadas noticias que provocan un efecto dominó que no deseamos. Por lo general, los medios de comunicación tenemos extremo cuidado con las noticias de suicidios. Es más, salvo en casos excepcionales (como pudo ser el de Jokin en Hondarribia) directamente no los publicamos. Porque ¿hasta qué punto el suicidio de Jokin no ha llevado a otros chavales a seguir su ejemplo, o a amenazar con hacerlo, como ocurrió hace unos meses en Valencia o como puede ser que ocurriera con la niña de Elda? Lo mismo se puede decir cuando después de que unos jóvenes quemaran a una indigente en Barcelona, otro mendigo fuera agredido en Ayamonte. No está comprobada la relación causa-efecto, pero son dos posibles ejemplos.

Como decía, nosotros no podemos renunciar a nuestro deber de informar, pero sí podemos asumir nuestra función formadora y decir: ha ocurrido esto, pero es malo. Aunque muchas veces nos dejamos llevar por la inmediatez y las prisas, igualmente podemos hacer un esfuerzo por acompañar las informaciones con más opinión y análisis, para contextualizar y ayudar a entender las noticias con todos sus matices y para que se evite caer en simplificaciones y tremendismos. Y ahí vosotros tenéis que ayudarnos, porque sin vuestra experiencia y asesoramiento es imposible conseguirlo.

Creo además que tanto los medios como los padres y las administraciones debemos lanzar un apelo unán-

nime y sin fisuras a los profesores que sufren la indisciplina en las aulas. En caso contrario se refuerza la autoestima de los agresores, que no dudarán en aprovecharse aún más de la «débil» autoridad de los docentes. De una, porque saben que los profesores no tienen mecanismos para defenderse. De otra, porque se sienten impunes.

Eso sí, también hay que echar un «capote» a los jóvenes. En mayor o menor medida, todos los sectores de la sociedad caemos en el arriesgado vicio de estigmatizarlos con el sambenito de ser unos descerebrados y al final, cuando hacemos un perfil de la juventud actual, parece que los estudiantes normales y pacíficos son una minoría. No parece muy justo que todos paguen con las culpas de unos pocos. Los chavales también necesitan un voto de confianza.

Por eso, entre todos debemos transmitir a la sociedad el mensaje de que no todos los alumnos son unos burros que han perdido el respeto por todo. Que los colegios no son fábricas de fracasados que no se interesan por nada, trapichean con drogas y los fines de semana se entregan al botellón. Que el abanico de situaciones que se dan en las aulas y fuera de ellas es muy amplio y que en cada caso hay que aplicar soluciones distintas.

En la lucha contra la violencia escolar debe participar toda la sociedad, nadie puede permitirse el lujo de mirar hacia otro lado. Es una apuesta de futuro, nos afecta a todos, a los que tenemos hijos en edad escolar y a los que no, porque esos chavales salen del colegio y, con seguridad, lo vemos a menudo en las

noticias, mantienen en la calle sus conductas violentas, y a lo mejor es cuestión de tiempo que acaben prendiéndole fuego a un indigente en un cajero o que le den una paliza de muerte a un hincha en un partido de fútbol.

Creo también que es importantísimo que la información que se ofrece en prensa, radio y televisión sea secundada por alguna conversación en casa o un debate en el colegio. Que los padres y los profesores ayuden a los jóvenes a entender la dimensión de este problema y contribuyan a combatirlo. Que cuando surja una noticia sobre el tema el padre o la madre cojan a su hijo y le digan: ¿A tí qué te parece hijo? ¿Pasa lo mismo en tu colegio? ¿Y por qué crees que lo hacen? Porque eso abre vías de diálogo, puede hacer que los alumnos se abran y tengan más facilidad para hablar de su situación particular, si la tienen, o se atrevan a denunciar los casos que conocen, si los conocen.

En conclusión, decir que es necesario un compromiso firme de los medios de comunicación con la violencia escolar, e insistir en que tenéis que conseguir que el problema esté presente en los medios en la medida de lo posible para que no se baje la guardia y se siga avanzando.

Y recordar que nosotros sólo podemos poner nuestro grano de arena a una ingente labor de la que todos somos responsables. Ya sabéis que es toda la sociedad la que educa y que cada uno asume su papel. Nosotros estamos en ello.

